

Profesores Pedro Marchant Villanueva y Víctor León Vargas y su importancia por preservar el patrimonio cultural

Ya estamos en junio, pero quiero recordar que, en el último fin de semana de mayo, se celebró –con bastante publicidad de los medios–, el Día de los Patrimonios, el cual para muchos se ha transformado en una verdadera fiesta cultural.

De esta manera, muchos edificios emblemáticos que suelen ser desconocidos para una gran mayoría de la comunidad, abren sus puertas para ser visitados y recorridos bajo la guía de alguien instruido en el tema –y en el mejor de los casos–, por una persona que trabajó y/o vivió gran parte de su vida en aquel lugar. En algunas ocasiones, para realizar un viaje al pasado lo más real posible (y que la visita no radique sólo en recibir un marco teórico de la historia del edificio), algunos monumentos cuentan con actores que se han disfrazado a la usanza de la época, en especial cuando dicha institución se encontraba en su pleno apogeo.

No obstante, cabe preguntarse si es po-

sible usar el concepto de “celebración” para el Día de los Patrimonios, especialmente si es a nivel regional.

Nadie niega el esfuerzo y dedicación para mostrar un mundo cada vez más lejano, cada vez más perdido en un pasado cada vez más remoto y que solo emerge desde las más profundas entrañas temporales, cuando solo ha de ser conmemorado una vez al año. Quizás dos. Y en algunos casos, nunca.

Este trabajo de rescate de la identidad cultural, muchas veces se logra porque hay una institucionalidad que respalda la acción de quienes promueven estas iniciativas. Sin embargo, en otros casos –y quizás son muchos más de lo que uno podría imaginar–, esa institucionalidad casi no existe, y lo que alguna vez se llegó a mostrar a la comunidad, era por el empuje de algún funcionario de alma quijotesca, que se la jugaba por rescatar y promover algo que tiende a desaparecer y a ocultarse detrás de la

desidia de ciertas autoridades.

De este modo, ante la ausencia de quienes encabezaban el liderazgo para compartir el patrimonio cultural de una organización determinada, se evidenció la fragilidad que subyacía ante algo que parecía tener raíces.

Es así como en San Fernando, dos instituciones emblemáticas por su extensa trayectoria de formación de miles de estudiantes a lo largo del tiempo, cerraron sus puertas ante la supuesta “celebración” del Día de los Patrimonios.

En ese sentido, nada que celebrar porque no se puede visitar ni recorrer como antes. Porque tanto el Liceo Neandro Schilling como el Liceo Industrial, enmudecieron y se encerraron en sí mismos, ante una festividad que ya es difícil de creer cuando es promovida por autoridades políticas que fomentaron –o guardaron silencio–, ante la destrucción del patrimonio cultural durante el tiempo del

“estallido social”.

No obstante, para el caso de los liceos mencionados, fue más la falta de voluntad de las autoridades respectivas lo que impidió que fueran visitados. Además, la jubilación de funcionarios de larga trayectoria contribuyó a que se desdibujara esta “fiesta cultural”, ya que carecen de una participación oficial en la toma de decisiones.

Específicamente, a lo anteriormente descrito, es el caso de dos profesores ya eméritos de la Comarca de Ensueño: Pedro Marchant Villanueva y Víctor León Vargas. El primero es al Liceo Neandro Schilling como el segundo es al Liceo Industrial. Ambos comparten un amor incondicional a la institución a la que llegaron a entregar gran parte de su vida laboral (y más allá de esta misma). Ambos han escrito libros, columnas en los diarios y revistas, y han colaborado en la realización de documentales culturales. Tanto el uno como el otro, prote- gieron y enriquecieron de



Por Patricio Balocchi Iturra

las más diversas formas al museo Nircunlauta. Ambos han formado organizaciones comunitarias sin fines de lucro para preservar y compartir el patrimonio cultural. Además, han realizado visitas en terreno de zonas arqueológicas de la Región de O'Higgins y han divulgado sus observaciones (con la ayuda de la insigne arqueóloga Blanquita Tagle y del ya fallecido ingeniero civil Hans Niemeyer). En síntesis, ambos son como dos torres de un tablero de ajedrez que han luchado por cuidar el pa-

trimonio, pero carecen de un monarca cultural que los apoye. Y ya muchas piezas han caído al abismo del olvido.

¿Qué pasará el próximo año? ¿Habrá una reacción de las autoridades? ¿Las puertas continuarán cerradas? ¿El único patrimonio que existe al final son sólo los recuerdos? ¿O la tecnología a nivel digital continuará embriagando a la sociedad de un mundo irreal, al punto que la mística del pasado no sea más que una nube que se disuelve en el cielo?